

los. Pero desgraciados vosotros los que gozais de las riquezas, porque ya teneis en ellas vuestro consuelo.—Desgraciados los que vivís en medio de la alegría, porque estaréis despues en la afliccion y en las lágrimas—Desgraciados los que estais hartos, porque sufriréis todo el rigor de la hambre.<sup>1</sup>”

Tales son las máximas que el Hijo de Dios vino á oponer á la corrupcion de nuestra naturaleza; máximas que infunden temor, y que se rechazan, como el niño aparta de sí la bebida amarga que debe volverle la vida; máximas que el mundo no comprende ni quiere comprender, y que son sin embargo las únicas que pueden salvarlo; máximas que deben ser la sal de la tierra, y hacer que la verdadera felicidad vuelva á establecer en ella su morada; máximas, en fin, que son las únicas capaces de inspirar á los poderosos el deber de proteger y cuidar á los débiles; á los ricos y á los dichosos la abnegacion, la limosna y la piedad; á los pobres y á los desgraciados la resignacion y la esperanza; á los ams la moderacion, á los sirvientes la sumision, á los vengativos el perdon de las injurias, á los lujuriosos la castidad, á los orgullosos la humildad, á los egoistas el sacrificio de la personalidad, y á todos la justicia, la pureza y la caridad.

Sabedlo en buena ocasion todavía, ¡hijos del siglo! en tanto que correis á miserables y muchas veces infames deleites, de los cuales no nacerá nunca ni para vosotros ni para los demas la dicha que buscais; en tanto que por timidez del corazon rehusáreis tomar sobre vuestros hombros la carga del Evangelio, la hora de la regeneracion perfecta del mundo no sonará, y vuestro funesto egoismo perpetuará, manteniendo la causa, la desgracia de nuestra raza infortunada.

Pensad al entregaros á vuestros culpables placeres, que atentais al orden moral, y que este atentado al orden engendrará necesariamente el sufrimiento para vosotros ó para aquellos que os están unidos por los vínculos comunes á

<sup>1</sup> San Mateo, cap. 5; San Lucas, cap. 6.

la especie humana, y que cada uno de vuestros goces desordenados, son otras tantas sentencias de tormento y de muerte.

Y vosotros, legisladores de las naciones, emperadores, reyes y gefes de los pueblos, ¡caed á los piés de vuestro Señor! Vosotros no habeis sabido casi nunca imponer á los hombres sino prescripciones falsas, ó incompletas, sin apoyarlas sobre una base verdadera y sólida. Por lo comun habeis restringido ó laxado sin tino ni inteligencia las trabas á la libertad; y la libertad aguijoneada por el deseo corrompido, impaciente como un fogoso é indomable corcel, unas veces se ha sustraído á vuestra débil mano, otras ha emblanquecido de espuma un freno siempre abominado. Tampoco habeis podido crear nunca una sola voluntad buena, un solo hombre virtuoso. Jesucristo, por el contrario, no ha dicho mas que una palabra: *Resistid á vuestra naturaleza corrompida*; y esta sola palabra, que esplica todo el hombre, revelándole el secreto de su mal y la razon de la violencia que él debe ejercer como remedio contra sí mismo, esta sola palabra, decimos, ha sido mil veces mas poderosa que la multitud de vuestras leyes mal aseguradas. En seguimiento de la cruz veréis lanzarse legiones de apóstoles, de mártires, de vírgenes, de santos, cuyo celo no temerá ningun obstáculo, el valor ningun tormento, la castidad ninguna lucha, el sacrificio ningun peligro.

#### CAPITULO XIV.

##### La verdad revelada por la Cruz.

“Cuando por una terrible permission de Dios, ha dicho un célebre escritor, el infierno prepara al género humano pesa-

das calamidades, él arroja un error al mundo, y deja acabar al tiempo.<sup>1</sup> Desgraciadamente esto se ha realizado demasiado para la infortunada raza de Adam, á la que una sola idea falsa inspirada por el orgullo ha precipitado en el mas profundo de los abismos. Siendo el error, en efecto, la enseñanza de lo que no debe ser, conduce á la perpetracion de lo que no debió hacerse, es decir, al desorden, y trae por resultado definitivo el mal y la muerte del hombre; mientras que, por el contrario, siendo la verdad la expresion de lo que es, la expresion del orden, encierra la fórmula inmutable de la ley de los seres, la condicion indispensable de su desarrollo regularizado y bienhechor: ella es por consiguiente esencial al hombre, en la que recibe la vida, así como recibe la muerte en el error,

Pero entre los diversos órdenes de verdades, las que son sin contradiccion las mas importantes, son las que sirven para dirigir las voluntades libres en sus acciones morales, en las que tienen el bien ó el mal por principio y por término. En cuanto á las verdades que se refieren puramente al orden fisico, y cuyo objeto no es otro que el complemento de perfeccion artística ó industrial, ellas están muy lejos de tener la misma importancia; porque el hombre puede muy fácilmente pasarse sin los prodigios del arte ó de la industria, pero no puede nunca, en cualquier estado que se halle, salvaje, bárbaro ó civilizado, ignorar impunemente su regla de conducta, marchar al acaso y dejar de ser bueno y virtuoso. ¡Singular condicion de nuestra naturaleza, que debería por sí sola advertirnos de la posicion falsa en que nos encontramos colocados por la primera desobediencia!

Estas verdades que son para nosotros las mas esenciales, no pueden *naturalmente* ser adquiridas de una manera infalible ni demostradas de un modo irresistible, mientras que las verdades menos necesarias infinitamente se dejan ver, se dejan tocar con el dedo, se dejan comprobar por medio de

<sup>1</sup> Ensayo sobre la indiferencia.

experiencias repetidas y concluyentes. Dios ha querido que fuese así, á fin de obligar á las criaturas inteligentes y libres á reconocerse sus tributarias; ha puesto desde el principio el entredicho sobre las ciencias morales, y desgraciado del hombre cuando, arrogándose un derecho que no tiene, se atreve á poner en ellas una mano sacrílega, porque él no sabe sino desfigurarlas y truncarlas.

El fisico, el químico, el matemático pueden producir á nuestros ojos sus descubrimientos, darles una evidencia material si rehusamos creer en ellos, y obligarnos á pesar nuestro á aceptarlos: la filosofía, al contrario, se encuentra flotando en un vacío, reducida á la impotencia de las teorías, que otras teorías combaten, á los sistemas que descansan sobre lo invisible, y en que el espíritu es libre siempre para rechazar cualquiera apariencia de verdad que presenten, sin que el inventor, quien quiera que sea y tan ciego como se le suponga por la infatuacion del orgullo, se atreva á creerse con el derecho de pretender, á menos de estar loco, que su palabra, su pensamiento es la luz, y que toda inteligencia debe inclinarse ante ella. Por eso Platon decia que los humanos rodeados de fantasmas, de ilusiones y de quimeras, no percibian sino las sombras de las cosas; y en su desesperacion de llegar por solo la razon al conocimiento de lo verdadero, exclamaba de este modo: "*Invoquemos al Dios Salvador, á fin de que por una prueba extraordinaria y maravillosa, nos salve instruyéndonos en la doctrina verdadera.*" ¡Ah! viviendo en el tiempo en que él vivia, habria sido un prodigio el que ese grande espíritu no se hubiese sentido poseido de tan noble y profundo despecho, que Dios ha debido compensar y recompensar.

Hemos dicho ya en qué estado se hallaban entre los antiguos las verdades sobre que descansa toda la moral; lo que era para ellos Dios, lo que era el hombre, y cuáles venian á ser las relaciones que unen á la criatura con su Creador, y las que ligan al hombre con sus semejantes y consigo mis-

mo. Dogmas extravagantes, culto ridículo, ceremonias impúdicas, deificación de las fuerzas de la naturaleza, de los astros, del hombre, de los animales, de las plantas; adoración del vicio y de sus ídolos: hé ahí las religiones; panteísmo, materialismo, ateísmo, en que al lado de esos grandes errores habia verdades inciertas, mezcladas de otros errores no menos funestos: hé ahí la filosofía; antipatías rencorosas de pueblo á pueblo, tiranías odiosas, democracias salvajes y turbulentas, esclavitud en la sociedad y en la familia: hé ahí la política; y al fin de todo, disgusto y desprecio de esta mezcla confusa de cultos contrarios, de sistemas opuestos y sin cesar renacientes; escepticismo en religion, escepticismo en filosofía, y un caos en política: hé ahí la humanidad en la época en que vino al mundo Jesucristo. Sobre ella pesaba la duda, la horrible duda con todas sus funestas consecuencias; y así como Platon lo habia comprendido, nadie podia disipar la espesa nube que se interponia entre el espíritu del hombre y las claridades intelectuales, cuando el Hijo de Dios, esplendor del Padre, luz de toda inteligencia, se apareciera entre los humanos.

Para revivir y asegurar mejor las creencias en las almas extraviadas por el error, Jesucristo descendió del cielo, y sus primeras palabras se dirigieron á pedir la fé. "Creed, creed decia incesantemente; porque los que creen serán salvados, y los que no creen perecerán.—Yo he venido á este mundo para rendir testimonio de la verdad.—Si vosotros permanecéis adheridos á mi palabra, conoceréis la verdad y la verdad os hará libres, y entonces solamente podréis ser *verdaderamente libres*.<sup>1</sup>

Pero para volver la fé á las inteligencias entregadas al escepticismo no recurrió á los procedimientos ordinarios de la ciencia, ni trató de hacer por medio del racionio una ciencia imposible, que el racionio mismo habria hecho mas imposible todavía, no; como en el jardin del Eden, habló con la

1. S. Juan, cap. 8 y 18.

autoridad de un legislador soberano, y exigió la obediencia á su palabra no tanto como palabra de hombre cuanto como palabra de Dios, es decir, como verdad infalible. "Aquel que me ha enviado, dijo, es la Verdad, y yo no digo en el mundo sino lo que he aprendido de Él: Él está conmigo, y yo no hago nada por mí mismo: lo que yo digo es lo que mi Padre me ha enseñado."<sup>1</sup>

Sin embargo, para obtener el asentimiento de las inteligencias y su libre sumision, dió pruebas irrecusables de su mision celeste, y pruebas de una evidencia material, en los hechos milagrosos que obraba, hechos que estaban bajo el dominio de los sentidos, que la razon podia examinar con la misma certidumbre que cualquiera de los del orden fisico, y cuyos testigos no podian dudar, porque seria como dudar de su existencia propia, como de la de los objetos materiales que les rodeaban.

Indirectamente, pues, Jesucristo proclamaba de nuevo esta verdad revelada al hombre desde su origen, bajo la forma de una defensa: que la ley moral no debia proceder de una ciencia incierta, sino de prescripciones infalibles de una autoridad divina.

Demasiado tarde, desgraciadamente, la antigüedad pareció comprender por qué la ciencia moral habia sido prohibida, y sintiendo instintivamente que en esta materia los esfuerzos del racionio no la conducirian sino á la duda constantemente, ella se asió, con la fuerza de la desesperacion, de sus viejas tradiciones mutiladas; rechazó con cólera las pretensiones de los filósofos, cuya secreta instruccion no osaba salir del santuario de la escuela, ni del círculo estrecho de los discípulos iniciados; y desgraciados de aquellos que, como Sócrates, fuesen acusados de haber negado á los dioses que el pueblo adorara; el destierro ó la cicuta habrian reprimido su impía temeridad.

Con todo, estando los modernos mejor dispuestos en favor

1. San Juan, cap. 8.

de los filósofos, no le son realmente mas fieles que los antiguos; y aunque nuestro siglo, á ejemplo del siglo pasado, haya exaltado ademas todo el poder de la razon humana, la haya embriagado de orgullo, la haya persuadido de que tan mezquina como es, puede ella sola marchar con toda seguridad á la conquista de la verdad moral; sin embargo, por una contradiccion bien estraña, pero que existe, ninguno de nosotros querría, sin ser el mas estúpido de los hombres, aceptar por regla única, y bajo la fé de la palabra, aun la doctrina del mas famoso filósofo de nuestros dias, ni menos prosternarse ante él diciéndole: "Yo creo en vos."

Esta disposicion de espíritu nos coloca en la alternativa de no creer en nada, ó de no creer sino á nosotros mismos; y no es poco que se resuelvan á no creer en nada, aun cuando su razon frecuentemente no valga lo que la del mas mediano filósofo; pero es porque encuentran muy cómodo el no creer sino á ellos mismos. Para nosotros que sabemos que la verdad moral es necesaria al mundo, y que en ella consiste la esperanza de la salvacion, la demandarémos al Hijo de Dios, á Dios mismo; porque en vano miramos al Oriente, al Occidente, al Mediodía y al Septentrion, no vemos venir ningun otro mensajero de la Buena Nueva; ninguna legislacion *divinamente autorizada* nos llega ni de *Boudda*, ni de *Confucio*, ni de *Platon*, ni del *profeta* de los musulmanes; y con los Apóstoles nos vemos obligados á esclamar: "*¿Adónde iremos, Señor? ¿Vos solo teneis las palabras de la vida eterna!*"

Sí, solo Jesucristo podia hacer conocer al mundo la verdad que, desde el principio, habia oido de su boca divina, pero que el olvido, el raciocinio, la infidelidad habian alterado y corrompido. Pero su cruz sobre la cual ha querido realizar la redencion del mundo y que ya hemos visto plantada sobre la nueva senda de la salvacion, es todavía el brillante fanal que debe alumbrar á la humanidad en su marcha ascendente y dificultosa hácia el trono de que habia descendido,

que permanece siempre el divino símbolo de los términos que constituyen el misterio del bien y del mal, en donde cada inteligencia en el presente y en la sucesion de los siglos podrá venir á estudiar y á aprender. Como Jesucristo es la encarnacion del Verbo, la cruz es la encarnacion de la doctrina de Jesucristo, es el eco material, visible de la voz reveladora; y si es cierto, segun el pensamiento del poeta, que lo que hiera la vista penetra mas profundamente en las almas que lo que solo resuena en el oido, nosotros mirarémos la cruz como un signo conmovedor de la bondad celeste, la cual por un admirable milagro ha sabido reunir sobre este madero, en otro tiempo infame, el cielo y la tierra, Dios y el hombre, la ciencia de nuestros derechos y de nuestros deberes, el secreto de nuestros destinos mortales é inmortales. La cruz, en efecto, ilumina con una claridad sobrenatural las grandes verdades morales tan oscurecidas en el mundo antiguo; ella revela la unidad de la naturaleza divina en la inefable Trinidad de las personas, las adorables perfecciones del Sér infinito, la creacion del hombre, la caida, la reparacion, la fraternidad y la mancomunidad humanas, la deformidad del vicio y sus funestos resultados, la necesidad y el precio de los sufrimientos, la belleza del sacrificio, los castigos terribles que esperan al crimen, las recompensas eternas reservadas á la virtud; y ahí está todo el Evangelio!... Cuando el mas ignorante de los cristianos se pone de rodillas al pié de una cruz y adora al que los judíos habian clavado en ella, hace en su alma un acto de fé que Sócrates y Platon le habrian envidiado; ante el cual palidecen todos los sistemas religiosos, filosóficos y sociales, y que satisface á la necesidad de verdad de que está atormentada toda humana inteligencia. ¿Qué nuevo resplandor se ha derramado sobre el mundo entero desde la cima del Calvario? ¿qué inmensa efusion de luz ha venido á disipar las antiguas sombras? Que callen los rayos del Sínai, que Moisés deponga de su cabeza sus luminosos destellos: la cruz es el gran revelador que nos

anunciaba y de la que él nos ordenó escuchásemos las inefables doctrinas.

No siendo otra cosa el Evangelio que el desarrollo de las doctrinas tan admirablemente resumidas en el símbolo de la cruz, nosotros encontraremos allí á Dios y al hombre con los caracteres de que ella los ha revestido. Estudiando la revelacion evangélica no se puede evitar, lo mismo que los judíos, el ser heridos de la autoridad doctrinal del Hijo de Dios, cuya palabra despojada de toda esposicion científica, siembra por donde quiera la verdad en su camino, sin orden, de cualquiera manera, á todos momentos, en todas circunstancias, cuantas veces se abre su boca divina, como el Altísimo abriendo su mano poderosa ha esparcido las estrellas en el firmamento, fenómeno que escandaliza á aquellos á cuyos ojos el Evangelio no es sino una obra humana, pero que en retorno llena de admiracion á cualquiera que siente que Aquel que es el único que se ha llamado la Verdad, podia esparcir de este modo la verdad, incesantemente, y sin ningun esfuerzo, porque ella es la espresion natural de su propio sér, el fruto bendito de su corazon y de su pensamiento. Se vé en fin, que es Dios, que habla de Dios y de las cosas de Dios, con esa sencillez, esa pureza, esa precision del dogma, que en vano se esperaria de las fórmulas de la ciencia, siempre inciertas, mezquinas y defectuosas. En efecto, nadie, como lo ha dicho Jesucristo, ha subido al cielo si no es aquel que ha descendido del cielo; ninguno ha visto á Dios, ninguno conoce á Dios, si no es aquel que ha nacido de Dios.<sup>1</sup> A Él solo le corresponde revelarnos los misterios de la sustancia infinita, cualquiera otro no nos habria dado sino las quimeras de su imaginacion ó los ídolos de su débil y ofuscada razon.

La antigüedad no conoció á Dios; porque no se puede llamar con este nombre sublime esa divinidad dividida, limitada, encadenada, manchada, ese Júpiter, para no hablar sino del rey del Olimpo, á quien los poetas nos representan como el

<sup>1</sup> San Juan, cap. 3 y 6.—San Lucas, cap. 10.

juguete del destino y de las pasiones; y no se puede tampoco dar este nombre á ninguna de las fastuosas y vacías concepciones de los filósofos, como *el principio húmedo* de Tales, *el gran todo* de Pitágoras, *el eter* de Zenon, *la vaga belleza* de Platon, *la razon universal* de Ciceron.

Aun cuando los Libros santos hubiesen conservado intacta la revelacion primitiva, los judíos habrian guardado difícilmente la idea admirable que en diversos parajes dá Dios de sí mismo: la proximidad de la idolatría ejercia sobre ellos una atraccion funesta á la cual no podian resistir: ellos querian dioses como los de las naciones vecinas, dioses de piedra ó de madera, de oro ó plata, dioses que se dejasen tocar, que estuviesen con ellos; su espíritu se sentia comprimido bajo el peso de la majestad de Jehovah, bajo la idea de la esencia infinita: su imaginacion no encontraba bastante donde asirse en ese Dios invisible, inaccesible, inmutable, eterno, que sin embargo los profetas, para retenerlos en la fidelidad, les pintaban bajo las imágenes mas magnificas del poder, de la santidad, de la justicia, de la misericordia.

En el Evangelio se nos presenta el Altísimo bajo los rasgos que la vista humana comprende y soporta mas fácilmente. Manteniendo siempre el dogma en las sublimes alturas en que le habia colocado la Escritura, conservando siempre la nocion del Sér solo infinito, solo existente por sí mismo, causa única de todos los demas séres, poseyendo solo la plenitud de la existencia, solo soberanamente perfecto, Jesucristo ha hecho descender hácia nosotros el Dios oculto; nos ha permitido penetrar mas adelante en sus perfecciones adorables, haciéndonoslas sensibles en un lenguaje mas esplícito, mas á medida de nuestra debilidad, mas popular en cierta manera; y la Majestad Divina, dejándose ver de este modo en la tierra, conversando familiarmente con los hijos de los hombres, lejos de rebajarse y abatirse, aparece revestida con un resplandor todavía mas brillante. Dios, segun la revelacion nueva, es el *Padre*, el *Hijo*, el *Espíritu Santo*.—